

X EVOCACIÓN DE YVAN GOLL

Más que nunca la ciudad se revestía con sus encantos de otoño. Amarilleaban los árboles de las avenidas. El Sena se envolvía en un denso manto de humedad y de misterio. Los transeúntes vespertinos asomaban, como fantasmas inesperados, entre las brumas de las calles o bajo las innumerables luces: gusanos de cristal o mariposas inmóviles.

Así se presentaba París en esa tarde inolvidable de otoño cuando dos ecuatorianos nos dirigíamos, por las orillas del Sena, hacia el viejo y silencioso hotel Palais d'Orsay, en el muelle Anatole France. Allá íbamos, peregrinos de arte y de poesía, para contemplar la morada en que vivió sus últimos días uno de los grandes poetas de Francia, en esta primera mitad del siglo XX: Yván Goll. El poeta de Alsacia, el poeta sabio, en quien palpitaba ante todo un corazón de hombre. Yván Goll, el poeta anunciador de cataclismos, de la disolución de Europa, del fin de una civilización, pero también el cantor poderoso de la fe humana, de la esperanza en la tierra prometida. El poeta del exotismo cuando nos descubre el mundo extraño, las canciones apasionadas de Manyana, la joven Malaya, o el erotismo fascinante de los países tropicales que hacen vibrar su sensibilidad exuberante, cuando visita a Cuba. El poeta que hizo de su canto un "himno a la fraternidad de las razas"; que amó y cantó la vida moderna con todos sus inventos y maravillas. Yván Goll, el poeta del amor y del exotismo, autor de "Canal de Panamá", "Elegías Internacionales", "Requiem por los muertos de Europa", "Juan sin tierra", "Elegía de Ihpetonga", "El Mito de la Roca perforada", "Canciones Malayas", entre otras.

Como que la sombra de Yván Goll nos precediera en el impresionante silencio de aquellos largos corredores. Los baú-

les todavía cerrados, listos siempre para los largos viajes, tal como los encontró antaño nuestro poeta Jorge Carrera Andrade, a quien acompaña hoy en esta peregrinación, los baúles dispuestos aún a la puerta. . . . y allí también la sonrisa amable y acogedora de Claire Goll, la mujer incomparable que prolonga su existencia para guardar día y noche la tumba sagrada de su Yván; para completar día tras día la obra del gran poeta, su esposo.

Se inicia la conversación amena: el diálogo cordial; la confesión sincera. Jorge Carrera Andrade aquí había hablando largamente con el poeta Yván Goll. Aquí oyó de sus labios la lectura de aquellos versos donde aparece el creador de tantas imágenes nuevas que sobrepasan nuestra esperanza, donde se amontonan las imágenes tropicales y en que domina ese constante sentimiento de universalidad, de curiosidad intelectual; donde a ratos brilla una finísima ironía o un extraordinaria conocimiento del cosmos; donde otras veces campea el poeta hermético, inspirado por la magia, la alquimia. Y en donde, finalmente, resucita aquella poesía medioeval y cabalística, este Villon moderno.

Claire Goll nos refiere algunos detalles de la vida de su esposo; del viajero incansable; del poeta que tiene su origen en las dos provincias célebres: Alsacia, país de las cigüeñas, Lorena, tierra dura y atormentada por los vientos y las invasiones; del poeta y explorador de pueblos y hombres, de países lejanos, de su historia y de sus letras. Su antología de la poesía contemporánea: "Los cinco continentes", es una magnífica prueba de este sentimiento de universalismo en la obra de Yván Goll.

Jorge Carrera Andrade, como ofrenda al poeta difunto, como recuerdo a la esposa desolada, ha traído algunas traducciones de esos versos inmortales, en la magnífica obra "Poesía Francesa Contemporánea", editada en Quito. Claire Goll, que habla, además del francés, el alemán y el inglés y que comprende entre otros idiomas el español, lee devotamente los versos de su Yván vueltos a nacer en español, y en tan magnífica forma, gracias al gran poeta ecuatoriano Luego nos ofrece algunos libros. Con bondadosas y artísticas palabras nos dedica sus últimas obras. Entre otras: "Diez mil Albas", diálogo de amor y de arte de Yván y de Claire Goll, "Las Geórgicas Parisienses", de Yván, "Lágrimas petrificadas" de Claire Goll.

Las horas han pasado rápidas. Cuando nos despedimos de Claire Goll, con la reiterada promesa de visitarla pronto, la noche oculta en su regazo todos los encantos de París otoñal y artístico, como la tumba guarda cuántos tesoros del poeta y de su poesía. Noche otoñal de mi iniciación en la obra de Yván Goll. Una lluvia fina entona su canción de cuna a la ciudad dormida. Instintivamente vienen a mi mente estos versos del gran poeta:

"Una canción de lluvia exhalan las calles mojadas
Suspendidas de las nubes, las campanillas blancas de blancos tallos

Revientan y arrojan sus semillas

.....

¡Jardines! Jardines de mi tristeza
Mi corazón - helecho esparce sus saquitos de esporas
en la suave profesión de la amistad.

Estos trombones de lluvia tragan el viento
Estos gigantes que remontan de sus orgullosos deshielos

Por los cabellos de lluvia
Por las raíces de lluvia

La tierra me atrae
Herido del mal de lluvia
Lloro..... lloro

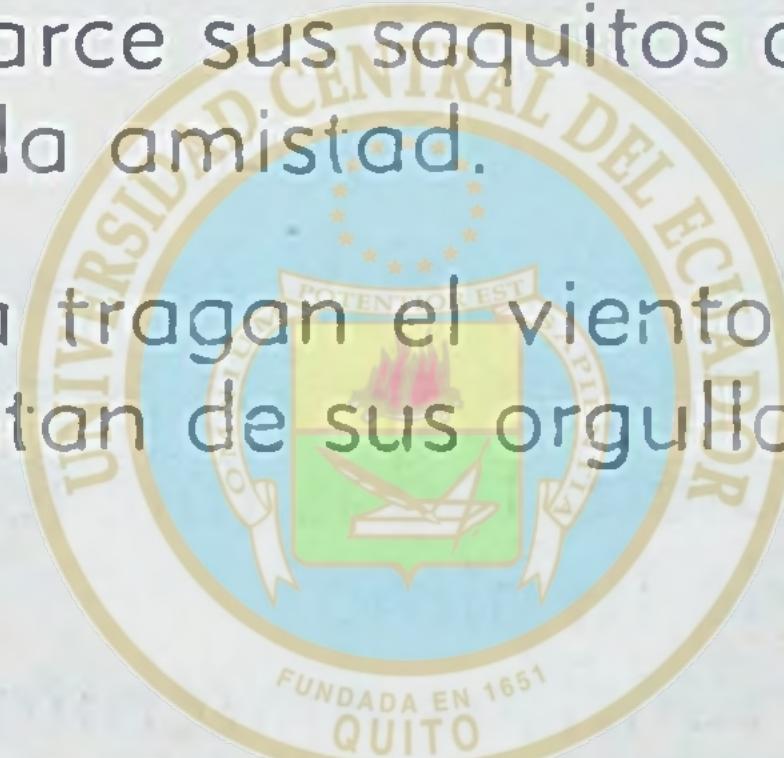
Y ¿cuándo vendrás a dormir, lluvia fina?
Y ¿cuándo querrás secarte, lágrima diminuta?"

("Las Geórgicas Parisienses"; pág. 13).

Pocas noches después, en el cálido ambiente de mi habitación, Ana —dulce amiga mía— y yo leemos los versos tristes y encantados de "Lágrimas Petrificadas" y de "Diez Mil Albas". A medida que los leemos, vamos vertiéndolos al español. Unos dicen así:

"Tengo miedo cuando duermes,
Cuando apagas los faros de tus ojos!
Tengo miedo del fin del mundo,
Cuando no velas sobre mí:"

("Diezmil Albas"; pág. 59)



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Amorosamente la esposa recuerda aquellas noches de sed, saciadas con rayos de luna; aquellas noches de fiebres curadas con el "viento nocturno":

"Bebía ayer la luna en tus manos,
Me dabas el viento nocturno
En pequeñas dosis
Contra la fiebre:"

("Diez mil Albas"; pág. 59).

Mas, el esposo ha muerto. Ha dejado este mundo en que todo es dolor y odio, sufrimientos y guerras. El recuerdo persistente, la presencia invisible acompaña a la mujer inconsolable que, desde entonces, mira las estrellas para seguir la ruta nueva del gran viajero. En su peregrinación terrestre, ella se acompaña tan sólo de "lágrimas, fotografías y sonrisas marchitas".

"Pero ahora que tú viajas entre las estrellas,
Tiemblo en la sala de pasos perdidos,
Llevo en mi maleta todas mis lágrimas,
La fotografía de tu alma
Y un ramo de sonrisas marchitas. . . .
Y temo una catástrofe de astros!"

ÁREA HISTÓRICA

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

("Diez mil Albas"; pág. 59).

Ana prefiere aquellos versos en que la esposa amante confiesa que todo cuanto le rodea: viento y sombras, árboles, nubes y astros. . . . le recuerdan sin cesar al esposo que partió y de quien, cual escapulario protector, guarda el "último beso".

"He guardado tus cabellos en flor
En el herbario de mis sueños
Cuando el viento repite tus versos
Me embriaga tu aliento
Reuno las sombras de los sauces
Que juntos nos vieron
Grabo en árboles futuros
Tu corazón luminoso
Las nubes y los astros
Copian tu perfil de alabastro

Me proteje un escapulario
Que encierra tu último beso.

("Lágrimas petrificadas"; pág. 24).

Grito desesperado, lamentación bíblica para grabarse sobre la tumba de Yván, poeta de la muerte, cantor de la destrucción y de las ruinas, pero, rebelde, sin embargo, contra el sino fatal, y seguro de la perduración "por los siglos de los siglos", resuenan en estos versos:

"¡No llames a la muerte!
No esperes que la tierra negra
Cincele nuestros perfiles!
La eternidad está sola
En tu sonrisa que se derrite.
Yo no creo en el silencio de las piedras:
Creo en los ruiseñores que imitan tu voz,
En los antílopes que copian tus pasos,
Los tornasoles, relojes del amor,
Señalan tan sólo las horas de felicidad.
Y este único crepúsculo,
—En que aún los dioses estuvieron celosos
De un beso hecho de miel y de electricidad,—
Vale más que los siglos de los siglos".

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

("Diez mil Albas"; pág. 41)

Pocas veces, en nuestros tiempos, el amor y la poesía han marchado tan juntos; pocas veces en el mundo de las letras se ha contemplado este bello espectáculo de dos vidas armoniosas y unidas; que han inspirado versos tan delicados, tan amorosos como estos en que conjura a la esposa:

"Regresa:
Inventaré para nosotros una quinta estación,
En que las ostras tendrán alas,
Los pájaros cantarán músicas de Debussy,
Y las hespérides de oro
Madurarán en las higueras.
Cambiaré todos los calendarios,
En que faltarán las fechas de tus antiguas citas,
Y sobre los mapas de Europa
Borraré los caminos de tu huída.

Regresa:
 El mundo renacerá
 Las brújulas tendrán un nuevo Norte:
 Tu corazón"

("Diez mil Albas"; pág. 40).

Así, como agradable y dulcísimo pasatiempo de aquellas horas inolvidables de un invierno feliz, Yván y Claire Goll son nuestros dulces compañeros. Ellos encienden en nuestros pechos, con sus versos encantadores, ese fuego que hizo de estos poetas uno de los más bellos ejemplos de lo que pueden el amor y el arte. "Poetas del Amor", es quizás el mejor título que puede darse a Claire e Yván Goll. No sólo porque escribieron versos de tan honda y exquisita nota amorosa, sino porque al descubrirnos el diálogo de sus corazones, al franquearnos las puertas del santuario sagrado, nos permitieron llegar a la fuente misma de donde manan a la vez el arte y la vida.

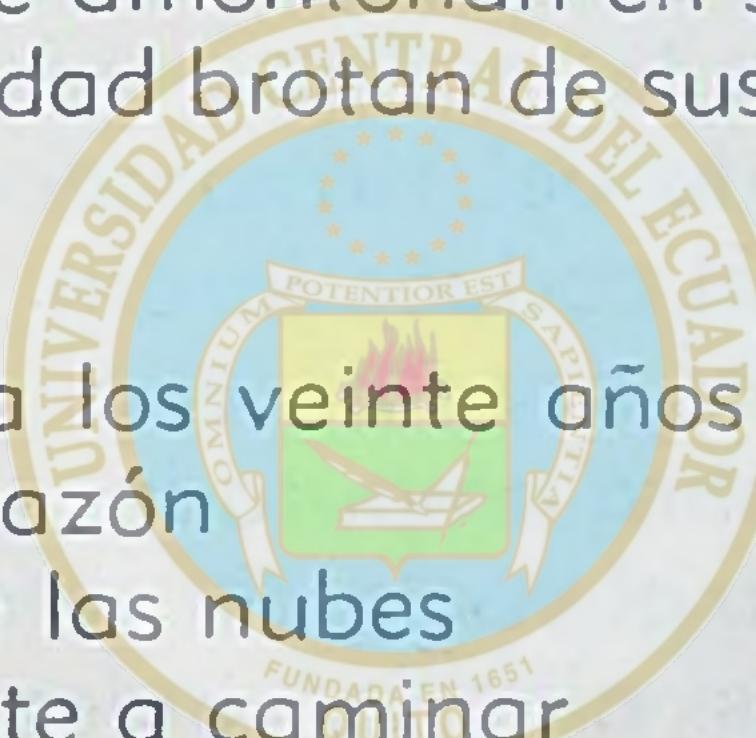
Los versos que escribieron son sencillamente el reflejo de lo que pasaba allá en ese "dominio maravilloso", "país secreto", dominio, país en el que vivían esos dos seres a quienes Paul Guth, después de la aparición de "Diez mil Albas", ha llamado: "Un Tristán e Iselba de la era del átomo".

"Diez mil albas, ángel mío, diez mil albas
 Diez mil veces la mirada del sol
 Han venido nuestros párpados a reabrir
 Diez mil albas para esta noche única
 La noche de nuestro amor
 Tu cabeza esculpida en mis brazos
 La rosaleda de tus cabellos
 Iluminada con diez mil rosas
 ¡Ah! cuántos parpadeos
 Y las diez mil voces de las olas
 Cuántas lunas han venido
 Unas veces fulgentes, otras sombrías
 A cubrirnos con el éxtasis de sus nieves
 Nos han dado los ancianos sus ojos
 Nos han devorado los niños el corazón
 En los diez mil sueños de un amor

Diez mil albas, ángel mío, diez mil albas
Diez mil nidos llenos de pájaros y de canciones
Diez mil yemas de sol
Valen bien hoy día
La muerte única de cien mil astros".

("Diez mil Albas"; pág. 51)

El invierno llegaba a sus días postreros. Febrero cantaba su canción de frío y de nieve. Y nuevamente me dirijo al hotel en que esta mujer fiel y generosa guarda todo el perfume de la poesía del esposo y poeta. Esta vez me acompaña Ana, asociada en mi labor de traducir al español a Yván y Claire Goll. La lectura de dichas traducciones es para Madame Goll motivo de manifiesta satisfacción. Recuerdos de su juventud y de su amor se amontonan en sus ojos y en su corazón. Palabras de felicidad brotan de sus labios, al recordar aquellos versos:


"Un domingo a los veinte años
Nací en tu corazón
Y a lo largo de las nubes
Tú me enseñaste a caminar
Las lágrimas de la ~~Á~~ ^Á ~~RICA~~ ^{RICA}
A mis ojos enseñaste también
Al ángel de alas manchadas
La puerta me ordenaste abrir
Y al criminal de media noche
A pedirle perdón
Y me enseñaste el éxtasis
Ante el guijarro cargado de permanencia
Ante la hierba del terreno vago
A dos voces a cantar
La canción amiantada de amor
Que resiste al fuego
Pero la muerte la ha logrado sin embargo quemar
Y sucumbo bajo el fardo
De este pesar de plomo

("Lágrimas petrificadas"; pág. 25).

Como que todo aquel idilio lejano y amoroso se presentara con renovada frescura a la simple lectura de aquellas lí-

neas que eternizan días lejanos y de los que les separan muchos años y . . . una tumba: Plegaria llena de amor y de esperanza la que dirige la esposa al terminar su canto; palabras sencillas, síntesis de vida y de eternidad:

"Si tu me pusiste en el mundo
Ayúdame también al cielo emigrar".

("Lágrimas petrificadas"; pág. 25)

El poeta ha muerto, pero será para la esposa su "árbol postrero".

"Viuda del sol
Y viuda del viento
Viuda de la tarde
Y de la mañana viril
Viuda del firmamento
Y del caduco jardín
Yo no soy sino una
Sombra amputada, sin tí
Odio el vuelo del viento
Y del alba la viudez
Odio de los pájaros
La canción del amanecer
Y de los bosques de Francia
Invocar tan sólo sé
A un solo árbol
Que mi ataúd vendrá a ser".

("Lágrimas petrificadas"; pág. 26)

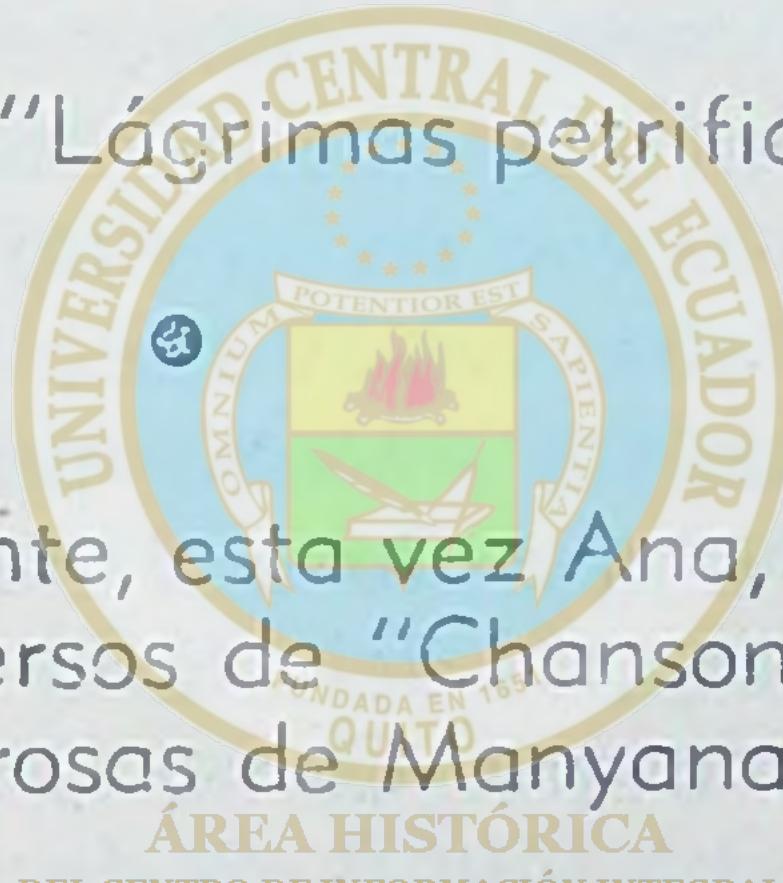
Gentilmente Claire Goll nos dedica sus nuevos libros. Mujer inspirada, es una fuente lírica inagotable, y la obra de su esposo, accesible tan sólo a unos pocos, gracias a ella adquiere cada vez más resonancia universal. Sus dedicatorias son cada vez más bondadosas. En uno de los libros de Yván ha escrito: "**A. D. . . L. . . . dans l'espoir que son gran talent
changera ces chansons malaises en chansons espagnoles.
Claire Goll.**" Palabras generosas que revelan tan sólo la grandeza de su alma .

Nos despedimos. Antes: la promesa de visitarla pronto. Ella será para nosotros una amiga incomparable. Espera en-

contrarnos juntos muchas veces. Es la media noche del invierno frío y apacible. Para la esposa del poeta es la hora del "Aparecido":

"Tú surges de la noche
 Y el marfil de tus sienes me ciega
 Déjame el tiempo de cubrirmé
 Con el fermento de mi duelo
 Con los tres huecos fosforescentes
 De tu rostro velas sobre mis insomnios
 En la hora del cieno y del barro
 Tú flotas hacia mí
 A menudo en el infierno del sueño
 Regresas a mí sin faz
 ¡Ah! te conjuro muerto mío
 Cesa, ¡Oh! cesa, de morir en mí!"

("Lágrimas petrificadas"; pág. 11)



Y desde el día siguiente, esta vez Ana, inicia la traducción de Yván Goll. Los versos de "Chansons Malaises", las canciones exóticas y amorosas de Manyana, la joven malaya:

"Yo soy la huella sombría
 Que tu canoa traza en el agua
 Yo soy la sombra sumisa
 Que tu palmera proyecta a su pie
 Yo soy el débil grito
 Que herida por tus balas
 Lanza la perdiz".

(Página 1)

"Se oye brotar los bejucos tiernos
 Se oye la suave respiración de las palmeras
 La vainilla azul no duerme
 Agitan sus perfumes las flores de canela
 Y, para escuchar si tú vienes,
 El cielo aplica su oído gigante
 A la tierra".

(Página 2)

“No es la tormenta
 Que te reveló
 No es del árbol
 Donde tu voz brotó
 Por la calle baja
 No se te vió
 O sin que yo lo sepa
 ¿Estabas tú siempre en mí?”

(Página 3)

Poco a poco las páginas pasan. Los manuscritos, con esa letra al principio incomprensible, después perfectamente característica de Ana, se amontonan. Para ella, tales traducciones son algo nuevo en su vida. Pero pronto cobra no solamente, afición, sino entusiasmo y devoción. Decididamente, nunca pensó que sus estudios políticos y económicos iban a prepararle casi a una carrera literaria.

Mas... después del otoño viene el invierno. Al invierno sigue la primavera. Como tantas veces, al amor sigue el olvido y a la dicha una dura desilusión....

“Me adormecí sobre una nube
 De blanco jazmín
 La antigua montaña envió
 Su riachuelo para arrullarme
 La luna danzó para mí
 Sobre la cima de los pinos
 Y un pájaro picoteó
 El último suspiro de mi corazón”.

(Página 36)

Un día cuando todo parecía iba a su fin normal.... ella se fué. Ella desapareció. El libro se cerró. Los manuscritos quedaron amontonados. Se cubrieron de polvo.

“Vivo en el cuerpo de una muerta
 Toda mi alegría se ha ido

Mis ojos desencajados no captan más la luz
Mis rodillas se desmoronan como la arena
Todo me huye
Sólo las fieras continúan a rondar
Olfateando la carroña de mi corazón".

(Página 39)

La primavera pasó. En ella quedaron sepultados muchos gratos recuerdos y muchas ilusiones de invierno. El verano con sus calores desmedidos visitaba París. Alemania, con la suave visión de la Baviera y las azules y blancas crestas de los Alpes —lejana añoranza del paisaje natal— me había refrescado el alma. Cuando una carta me llegó desde Nueva York. Era la voz de Claire Goll. Viajera ardorosa allí en la distante metrópoli se había instalado y desde allí me enviaba su mensaje de amistad y de cariño. En su carta me hablaba de esa ciudad".... *désert si peu lyrique*". Y por allí estas líneas: "¿presta todavía su pluma inspirada a los versos de Iván....?" Estas palabras eran un reproche. Pero también, un recuerdo. Allí amontonados, desde el último invierno, dormían los manuscritos que con Ana habíamos borroneado. Manuscritos olvidados. Que esperaban su regreso. Que dormían tal vez para siempre. A menos que vuelva a terminar su trabajo iniciado en aquellas tardes de invierno. ¿Hasta cuándo sería esa espera? La carta de Claire Goll era un recuerdo, un reproche, pero también una voz de aliento y una esperanza.

Y así: he sacudido el polvo de aquellos manuscritos. He terminado las traducciones y hoy presento algunos de esos versos de "**chansons malaises**" trocados en "**canciones malayas**" en español, tal como fué el deseo y el encargo que recibí de Madame Claire Goll, en aquella inolvidable noche del 13 de febrero de 1952.

París, 1953.